

LOS OJOS DE LA MEMORIA

Pedro Guerrero Ruiz

Cuenta Eduardo Galeano que un día una maestra de escuela dijo que el vasco Núñez de Balboa fue el primer hombre que vio los dos océanos desde una cumbre de Panamá. Él, levantando la mano, le dijo: “Señorita, señorita, entonces los que vivían ahí eran ciegos”.

Las sabias palabras del niño Galeano trataban de remendar el roto histórico que durante tantos años fue discurso de una enseñanza ideológica que quería romper con el verdadero pasado, el del indigenismo, como si el pasado no tuviese verdad histórica, sino la creada por la manipulación política y pedagógica. Es la ciega historia del colonialismo.

Cuando yo era niño un maestro me obligó a levantar el brazo -palma de la mano extendida- cuando sonaba el “Cara al sol”. Después, mientras me arengaba sobre aquel himno que, según gritaba emocionado, representaba a la España de la paz, la del ejército victorioso de Franco que había derrotado a los enemigos de la patria, los rojos del infierno, no tuve miedo, sino rabia, una sentimentalidad de rabia infantil, porque entre los míos había rojos y no tenían cuernos.

Aquel maestro intentaba borrar así el pasado, limpiando los restos de una tragedia infinita que aún perdura en la memoria humana. Era la misma falsedad que la de aquella maestra para quien antes de Balboa nadie había visto los océanos americanos.

Mucho después, pasó también en Argentina. Era un tiempo en que los militares golpistas, con Videla a la cabeza, llamaron a su genocidio “obediencia debida” contra el comunismo. Y aquella “limpieza patriótica” se confiaba a una ficcionada historia propedéutica. Como si los que vivieron tanta tragedia fuesen ciegos.

También pasó en Chile, cuando uno de los más crueles dictadores de la historia, Pinochet, con un sangriento golpe de Estado, justificó el levantamiento aduciendo que la patria estaba en peligro. Después, la metodología represora se basó en la prisión, la tortura, la desaparición y el crimen sin juicio. Aún quedan miles de personas desaparecidas, sin que sus familiares les hayan tributado el duelo y el entierro de toda cultura humana. Aún la ceguera sobre el pasado, el silencio, la complicidad.

Conviene recordar que, hoy como ayer, el Presidente Salvador Allende representa la primera victoria de los anhelos populares de justicia desde el socialismo

democrático en América Latina. Lo que se conocía como la vía chilena al socialismo. Pero aún muerto Pinochet, muchos de los asesinos andan sueltos, algunos incluso son representantes políticos o viven en un lujo excepcional. La historia del miedo y de aquella mansedumbre impuesta de ciegos convive con la resistencia de la memoria histórica.

A treinta y cinco años de aquella destrucción de la legalidad y la libertad en Chile, con diecisiete años de dictadura militar y dieciocho de transición a la democracia, los avances sociales de aquel programa de la Unidad Popular (nacionalización de los recursos básicos como el cobre, salitre, carbón, hierro, nacionalización de seis bancos privados y las compañías de seguros, o la exclusiva competencia del Estado en materia de comercio exterior), terminaron con el asalto al palacio de la Moneda. La debilidad moral de la llamada Concertación chilena ha dejado que la educación, la salud y la seguridad social sean de los negocios privados; los jóvenes deben inscribirse para usar el derecho al voto, y no votar supone un “castigo” ciudadano; la región Mapuche, cuyos habitantes viven en extrema pobreza perpetua, es un territorio ocupado por los carabineros bajo permanente estado de sitio, han sido expoliados de sus tierras que hoy explotan las industrias madereras.

Pero ni estábamos ni estamos ciegos. Como aquel niño uruguayo, llamado Eduardo Galeano. Sabemos que los que vivían y viven allí, aunque alguien rompa la página histórica de determinados acontecimientos políticos y sociales, aunque traten de vendar los ojos mediante el “punto final” a los asesinos, sin embargo nunca podrán cerrar la memoria de los ojos del pueblo.